



STAR CRAFT
HEART OF THE SWARM

Ácido

Por Antony Johnston

KRAKULV, 2504

—¡No nos vamos a ningún lado! ¡Ocúpense de esos cañones!

El capitán Brach Treicher salió de la plataforma de armamento pesado y comenzó a correr hacia el centro de mando. A pesar del voluminoso traje de combate de CMC, subió de a tres escalones a la vez mientras oía las rápidas ráfagas de los cañones a sus espaldas. Durante la última hora, los marines habían observado uno tras otro cómo se iban los evameds que evacuaban la base de Krakulv, y lógicamente esperaban ser los próximos en irse. Pero todavía seguían ahí.

Krakulv era una base lunar secreta de advertencia anticipada, ubicada en las fronteras del espacio del Dominio. Su tarea era vigilar las incursiones zerg. En algún momento después de la Primera Guerra de Contacto, cuando se creó la base, habían contado con suficientes evameds para todos. Pero el tiempo pasó, la base y su población crecieron (demasiado, según Brach), y ahora superaban la capacidad de evameds disponibles.

Quien había dado la orden de evacuar a todos los sobrevivientes que no fuesen esenciales ni pudiesen combatir era la comandante de la base. Brach hubiese hecho exactamente lo mismo, pero no podía evitar sentir un gusto amargo. La primera oleada, poco antes del amanecer lunar, los había tomado por sorpresa. ¿Cómo pudo haber sucedido algo así? ¿Qué utilidad tiene una estación de vigilancia que no puede detectar un ataque inminente a sí misma? Pues bien, no lo habían detectado, y en solo diez minutos ya había muerto el 25% de la población. Los sobrevivientes habían huido en todos los evameds disponibles, salvo uno. Habían dejado atrás unos doscientos marines que intentaban resistir una carga zerg completa hasta que el *destructor* más cercano pudiese rescatarlos.

Brach abrió la puerta del centro de mando y entró.

—¿Tenemos un tiempo estimado para la llegada del destructor?

La comandante de la base Lee Treicher observó la consola de estado.

—Seis horas.

—¡Seis horas! ¡Lee, no podemos aguantar tanto tiempo! ¡Krakulv no está hecha para resistir semejante asedio!

La mayor parte del personal del centro de mando había sido evacuado, y solo habían quedado unas pocas personas para ocuparse de las estaciones tácticas. Todos los que quedaban parecían realmente interesados en la información que arrojaban las consolas.

Lee clavó una mirada fría en los ojos de Brach, que suspiró. Si había algo que le fastidiaba de su mujer era esto. Nunca perdía el control, nunca levantaba la voz en señal de enojo, incluso aunque estuviese en todo su derecho. A veces tenía ganas de sacudirla por los hombros simplemente para hacerla reaccionar y perder el control, aunque solo fuese de vez en cuando.

—¿Y entonces, qué deberíamos hacer? —preguntó Lee con calma—. ¿Rendirnos? ¿Quieres agitar una banderita blanca con la esperanza de que los zerg se hayan reformado y se hayan convertido en pacifistas?

—Contraatacar. No podemos quedarnos acá sentados y esperar a que vengan —respondió Brach.

—Tengo cuervos detectores ahí afuera que están evaluando la situación. Voy a definir un curso de acción solo cuando me envíen sus informes, no antes. Así que elige: o me ayudas acá o vas a arengar a tus hombres, aunque sea con tus insultos.

Brach dudó un instante, y luego se paró junto a Lee. Apoyó la mano envuelta en su uniforme de combate sobre la mano enguantada de su mujer, y la apretó suavemente.

—Lo siento —susurró.

Ella esbozó una sonrisa y volvió la cabeza hacia la consola.

—Mira estas formaciones...

* * *

GARXXAX, 2501

Una hora antes del mediodía, Illyana Jorres cerró sus monitores de seguridad. Hacía veinte minutos que había terminado con el escaneo remoto de los puestos de avanzada de la biosfera, antes del horario programado. Todo estaba normal, tal como debía ser: Garxxax era un planeta pequeño de un sistema pequeño, situado en los confines del espacio terran y alejado del ajetreo y las preocupaciones de la vida en el Dominio, sin ningún tipo de vida inteligente más allá de las alimañas de la jungla.

Eso era exactamente lo que había pedido al unirse a la compañía. Ya había tenido suficiente acción en la guerra, más que suficiente para cualquier marine. No tenía otras aptitudes para ganarse la vida, así que había entrado en el negocio de la seguridad como profesional independiente, y había terminado en este lugar. Un planeta en el que la humedad, que se abría paso a través de la montañosa selva tropical, era insoportable sin un traje con sistema de refrigeración. Incluso los mares que bañaban las costas eran tan tibios como las duchas nocturnas.

Lo bueno es que no había nada de acción ni movimiento. Eran solo ella, diez científicos y el calor. Para Illyana, eso era perfecto.

* * *

El behemot gimió y giró su enorme masa para tratar de aliviar el dolor de las heridas que había dejado la batalla. La flota protoss lo había sorprendido: estaba surcando el espacio en el extremo del sector y ahora estaba pagando el precio de su descuido. A pesar de que la batalla ya había terminado, se estaba quedando sin vida. Su propia vida no era importante, pero en sus membranas cavernosas llevaba miles de otros zerg que corrían peligro si él moría. Aunque navegar por el espacio era su estado natural, requería esfuerzo. El viejo behemot necesitaba tiempo para recuperarse y recobrar energía, pero no podía hacerlo en el vacío del espacio.

Kerrigan lo había guiado a la victoria final en la batalla, pero a cambio de varias heridas. Ahora escrutaba el espacio a través de los ojos cansados del behemot, inspeccionando la región en busca de un buen lugar para descansar.

Allí, en ese sistema. Divisó un planeta con atmósfera de oxígeno y nitrógeno, y vida basada en carbono. La vida que el behemot y los miles de zerg que transportaba en las membranas cavernosas de su organismo podían consumir para sobrevivir. Para curarse. Kerrigan guió al behemot hacia su destino.

Después de un tiempo (¿una hora, un día, una semana, un mes? El tiempo significaba muy poco para algo tan viejo), la nave viviente entró en el pozo gravitatorio del planeta. Las nubes espesas que flotaban a la deriva oscurecían el terreno. Al atravesarlas, el behemot

reconoció algunas características del lugar. Había visto otros planetas como este, con montañas y árboles, y una manta verde que cubría el suelo. Alguna vez había descansado en un planeta similar. Seguramente había ricas proteínas, quizás incluso mamíferos.

Vida, ¡sí! El behemot percibió el calor de la vida que emanaba de allá abajo. Instintivamente, ajustó su descenso para encaminarse al origen de ese calor.

* * *

Brach observó los informes de los cuervos y se los envió a Lee. Los dos habían peleado en la Primera Guerra de Contacto y sabían qué esperar: zergueznos, mutaliscos, hidraliscos... Pero había algo más que no lograba reconocer.

—Comandante, ¿qué carajo es eso?

Lee dejó la consola principal, se acercó a Brach y examinó las imágenes estáticas de los informes. Brach señalaba una columna de enormes zerg con muchas patas que avanzaban en cuclillas sobre una capa de talo. Estaban fuertemente blindados por enormes caparzones llenos de púas que ocultaban sus rasgos si se los veía desde el aire. Marchaban sincronizadamente hacia una antena de comunicaciones instalada a un par de kilómetros de la base de Krakulv.

Lee sacudió la cabeza.

—Nunca antes había visto esa unidad, pero ya sabemos que los zerg evolucionan y mutan con mucha rapidez. Puede ser algo nuevo o incluso una unidad que ya hayamos visto pero con mejor...

La columna zerg llegó a unos 250 metros de la antena. La primera hilera se irguió y vomitó con furia unas ráfagas horripilantes de ácido de color verde. Cuando terminaron, la hilera

siguiente se irguió e hizo lo mismo. En medio minuto, la antena quedó reducida a una pila humeante de neoacero derretido.

—¡LRC-4 quedó incomunicado! —gritó uno de los hombres del personal táctico.

Lee lanzó un silbido.

—Cucarachas.

—¿Estás segura? ¿No eran más... pequeñas?

—Obviamente, crecieron. Mierda. —Lee volvió a acercarse rápidamente a la consola principal y examinó el estado de la defensa de la base por centésima vez—. Los muros aún están intactos, sin señales de grietas o daños graves. Pero esas cosas los atravesarán como si fuesen de papel en una hora o dos.

—"Una hora, o dos", esa es la cuestión. Es posible que todos estemos a salvo en un transporte cuando logren entrar.

Lee no contestó. Parecía paralizada, indecisa. Brach no la había visto tan nerviosa desde el día en que se casaron, y sabía exactamente por qué. Su mente lo transportó al lugar donde vivían, y recordó el gabinete de trofeos que él había insistido en traer para no olvidar nunca que, a pesar de haber sido asignados a una pequeña e insignificante base de vigilancia, seguían siendo marines y habían prestado su servicio con honor. Sin embargo, el gabinete no solo contenía medallas y trofeos. También habían guardado recuerdos del campo de batalla, objetos que los ayudaban a tener presente lo que habían vivido durante la guerra. Brach sabía perfectamente lo que estaba pensando Lee en ese momento, y tenía que hacer algo.

—Voy a llevar un escuadrón aéreo para conseguir un poco más de tiempo, Comandante.

—Brach hizo una venia y se dio vuelta para marcharse.

Lee levantó la vista de la consola y súbitamente recobró el estado de alerta.

—¿Qué? ¡No! ¡De ninguna manera! Sabes muy bien lo que pueden hacer esos bichos, y estos son más grandes que los que hemos visto antes. ¿Y si pueden atacar unidades aéreas?

—Y entonces, ¿por qué no atacaron a los cuervos? Esas corazas tan pesadas no los dejan mirar hacia arriba. Lo único que necesito son algunas banshees y las coordenadas que me pasen los cuervos, es muy fácil.

—¿Y cuándo fue la última vez que probaron una banshee? ¿Hace seis meses? ¿Un año? No sé quién está más oxidado, si tú o esas naves, y no voy a arriesgar más vidas sin un buen motivo. Nadie sale de esta base, y eso lo incluye a usted, Capitán. ¿Está claro?

Brach sabía que Lee hablaba en serio cuando lo llamaba "Capitán" o por su nombre completo, Brachyan. Odiaba eso, sobre todo porque lo hacía sentir un niño. Ella era su esposa y su oficial superior, pero eso no significaba que nunca se equivocase. Por ejemplo, no sabía que todos los meses él y otros pilotos experimentados sacaban las banshees para hacer vuelos de reconocimiento durante la medianoche lunar.

—Sí, comandante —respondió, y salió del centro de mando.

* * *

—Hola, Illyana. ¿Qué hay de nuevo? —Dannion Kortter la saludó sin dejar de mirar el monitor.

—No mucho —respondió ella mientras la puerta se cerraba a sus espaldas—. Nosotros dos, nueve nerds, once ecosistemas artificiales y nada de nada, tal como me gusta.

Justo en ese momento, toda la consola de Dannion se iluminó y se oyó el sonido chirriante de una transmisión que entraba por los intercomunicadores.

—*Raynolds a base. ¿Esperábamos una tormenta por acá?*

Dan abrió el canal.

—Esta es la base, Raynolds. —Examinó la lista de tareas del registro—. Te tengo en la biosfera tres, en el domo de babosas y savia al pie de la montaña. ¿Cuál es el problema?

—*Parece que se cortó la luz, pero controlé el pronóstico antes de dejar la base y no había señales de tormenta o frentes peligrosos cerca. ¿Pueden verificar eso otra vez?*

—Seguro, espera. —Dan buscó los pronósticos meteorológicos y los mapas en tiempo real para ese día—. Debería ser un día seco y despejado. ¿Puede ser la sombra de la montaña? Oscurece a las dos de la tarde, si el sol está bajando del otro lado...

—*Por Dios, vengo acá dos veces a la semana, sé perfectamente cuándo oscurece.*

Illyana se inclinó por encima del hombro de Dannion.

—Raynolds, habla Jorres. ¿No hay dudas de que son nubes?

—*¿Cómo puedo saberlo? Estoy en el domo de las babosas, no puedo ver nada a través de las pantallas geodésicas. Y cada vez hay menos luz. Voy a volver a la sala de consolas por si necesito una linterna para... KRZRRZKRZKRZZZK KKK.*

La tierra tembló.

—¿Qué carajo fue eso? —gritó Dan en el intercomunicador, mientras trataba de restablecer la conexión.

Illyana pensó que la tierra aún temblaba, pero se dio cuenta de que era el sensor de alerta que vibraba en su cadera. Lo miró.

—Mierda.

Hesken, uno de los científicos, entró corriendo. Apenas pudo hablar con la respiración entrecortada por el esfuerzo.

—¿Un terremoto? —jadeó—. Odio los terremotos. ¡No me digan que este planeta es inestable!

Illyana lo empujó para pasar.

—No sabemos, pero sea lo que sea puso en riesgo la integridad de la biosfera tres. Acabo de recibir un alerta: se rompió el sello y se activaron los mecanismos de seguridad. Kortter, sigue tratando de establecer comunicación con Raynolds.

Los datos y los informes se precipitaron en una rápida catarata en los monitores. Los ojos de Dan pasaban de una a otra pantalla para intentar leer todo en busca de una solución, o al menos una explicación.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

Illyana salió por la puerta sin mirar atrás.

—Voy a salir.

* * *

Las seis banshees surcaban el cielo púrpura rugiendo a medida que dejaban caer una lluvia de cohetes contragolpe sobre los zerg. El valle ardió en llamas. Brach hizo girar la nave líder para encabezar otra vuelta.

—El primer ataque fue mortífero, Comandante —dijo por los auriculares—. Banshees, comiencen la segunda vuelta.

En la base de Krakuly, Lee apretaba los puños en silencio, enfurecida. Sabía, aunque quizás solo en su subconsciente, que Brach desobedecería sus órdenes y se llevaría las banshees.

Estaba al tanto de los vuelos de práctica que organizaba todos los meses a la medianoche lunar, cuando creía que nadie lo veía.

Si sobrevivían a esta batalla, posiblemente le aplicaría un castigo. Pero ese era el punto: si sobrevivían. En un asunto de vida o muerte, ningún marine se preocupaba por una corte marcial.

Los dejó ir y le ordenó al personal del centro de mando que les diesen apoyo táctico completo. Ahora que estaban ahí afuera, ya no había muchas opciones.

Brach se alineó para el segundo bombardeo y preparó todos los sistemas mientras la banshee descendía y se nivelaba. Para el primer ataque habían volado camuflados desde la base, bajando en picada lejos de la luz del sol y disparando en el último segundo, antes de que los zerg pudiesen enviar a un vigía supremo hacia su posición, y antes de que los sistemas de camuflaje de esas viejas naves oxidadas se quedasen sin energía, algo que podía pasar en cualquier momento. Lee no se había equivocado en eso.

Ahora, los zerg ya sabían que volvían a atacar. Brach tenía la esperanza de poder actuar con suficiente rapidez para impedir que los refuerzos zerg llegaran antes de que sus hombres pudiesen abandonar el teatro de operaciones.

—¡Fuego!

Brach pasó al ras de la columna de cucarachas, que ya no formaban una masa sólida de corazas sino algo roto y sin forma, con huecos perforados por los misiles de las banshees. Y, a medida que seguían cayendo los cohetes, más agujeros aparecían.

Sin embargo, algo pasaba. Esperaba ver los caparzones rotos y las entrañas de los zerg esparcidas por el suelo. Sin embargo, los huecos que se habían formado en la columna de cucarachas eran solo eso, huecos. Era como si las cucarachas se hubiesen desvanecido.

O estuviesen bajo el suelo.

Brach la vio hurgando el suelo para que esa superficie polvorienta y agrietada de la luna se las tragase y las protegiese. Algunas estaban lastimadas, mientras que otras excavaban por prevención defensiva. Las banshees necesitarían algo más potente que sus pequeños misiles para eliminar a estos zerg tan especiales.

—¡Dejen a las cucarachas! Concentren el fuego en...

Antes de que pudiese terminar la frase, sintió un golpe atronador en los auriculares. El impacto dejó su banshee a la deriva. Brach tiró de la palanca para corregir el equilibrio, comenzó a ascender mientras miraba alrededor para localizar el origen del golpe y vio cómo se desintegraba el casco de otra banshee que caía a tierra envuelta en llamas. Detrás, volando a través de la explosión, se acercaba un escuadrón de mutaliscos.

—*¡Tres y arriba, Capitán!*

El grito de su copiloto lo sacó de sus pensamientos. Giró hacia el frente y vio dos mutaliscos que descendían a toda velocidad desde la atmósfera superior, directamente hacia su nave.

* * *

Ilyana subió el cierre del traje refrigerado y comprobó su estado. Verde. La atmósfera de Garxxax era respirable pero tenía mucho nitrógeno, así que se colocó los tubos nasales de oxígeno por si se quedaba sin aliento. Se ajustó las botas y comprobó dos veces el sello que le mantenía protegidas las piernas en el traje. Se había olvidado de eso la primera vez que salió a la selva tropical, y se había salvado solo por unos segundos de que una babosa zantar se le metiese

en la bota. Había visto los efectos de ese ácido mucoso varias veces en los monitores del laboratorio y sabía que podía haber perdido media pierna muy fácilmente, así que nunca más se había olvidado de verificar sus botas.

El arma. Si todo estaba bien, no la necesitaría. La mayor parte de los seres vivos del lugar eran dóciles o les tenían miedo a los terran, pero de todas formas jamás salía sin un arma. Tomó su vieja P220 y la examinó rápidamente. Era casi tan vieja como ella. La mayoría de los soldados de su edad ya usaban rifles más nuevos y potentes, pero la P220 nunca se atascaba ni erraba. El arma más potente de la galaxia no servía de nada si no funcionaba bien.

Por último, se calzó un visor en la frente para proteger los ojos del sol de la tarde. Aunque la biosfera tres estaba en el lado norte de la montaña, si el problema se extendía, probablemente se vería obligada a revisar los otros puestos de avanzada, y algunos estaban ubicados en zonas expuestas a mucha luz solar. Debido a la extrema inclinación del eje de Garxxax, el sol podía tardar horas en ocultarse en el horizonte en esta época del año.

Dannion entró en la sala de preparación.

—Acabo de comunicarme con Raynolds, o algo así.

—No te hagas el misterioso, Dan, no te queda bien.

Dan no le respondió. Illyana se dio cuenta de que su expresión no era de decepción, como había pensado, sino de miedo.

—Lo que quiero decir es que... parece que está muerto. Las comunicaciones con la biosfera siguen sin funcionar pero capté una señal débil de sus monitores vitales. —Dan suspiró.

Illyana lo acompañó fuera de la sala.

—Dijiste que la señal era débil. Quizás simplemente no se transmite bien. Sigue intentando, ¿sí?

—No deberías salir. Tenemos que pedir la evacuación ya mismo. Una nave de transporte demorará cuatro horas en llegar y rescatarnos...

Ilyana lo llevó de vuelta a la sala principal de comunicaciones.

—Estaré bien, Dan. Sé cómo manejarme.

* * *

La banshee describía tirabuzones como si el piloto estuviera borracho, zigzagueando en todas direcciones mientras los gusanos gladia explotaban en el espacio que la nave había ocupado segundos antes. Veinte mutaliscos la perseguían por los cielos escupiendo gusanos asquerosos contra la parte trasera de la nave en retirada que daba vueltas y giros en dirección a la base de Krakulv. Espesas nubes de humo negro brotaban de su lado izquierdo.

En el centro de mando, Lee Treicher observaba con nerviosismo los escáneres. Según las proyecciones de sus hombres, la banshee tenía posibilidades de traspasar el perímetro de defensa de Krakulv y salvarse antes de que los mutaliscos entrasen en contacto físico. Pero las proyecciones no eran exactas, y con un motor dañado eran menos confiables aun.

—Diez segundos hasta el perímetro de defensa, Comandante.

La banshee hizo una maniobra y giró sobre sí misma para evitar al racimo de mutaliscos que concentraban el ataque en su flanco derecho. Un montón de gusanos explotaron al mismo tiempo y se precipitaron a tierra como restos de fuegos artificiales.

—Cinco segundos. Cuatro, tres, dos...

—¡Disparen todos los cañones! —gritó Lee.

Los marines que manejaban las armas pesadas oyeron su orden con total claridad. A unos 250 metros de los muros de la base, el cielo se oscureció con la andanada antiaérea, que atravesó y desgarró la carne y las alas de los mutaliscos. La banshee descendió rápidamente para evitar los últimos disparos.

—*¡Carajo, muchachos! ¡Déjenme entrar antes de quemar todo!*

La voz de Brach sonó lejana debido a la estática y el apagado sonido de las explosiones cercanas, pero Lee la oyó claramente. Se odió a sí misma por la sonrisa que se le dibujó en la cara a pesar de que sabía que los otros cinco pilotos que habían salido con Brach no habían logrado sobrevivir a los disparos de los mutaliscos ni al escuadrón de apoyo de hidraliscos que había aparecido unos minutos después. El problema había sido que cada minuto que pasaba parecía confirmar que ya no volvería a salvo y ahora le importaban un carajo los favoritismos, solo quería que su marido estuviese junto a ella cuando todo terminase.

—Preséntese en el centro de mando para dar su informe apenas aterrice, Capitán.

Brach entró cinco minutos después, enfundado en su traje de combate de CMC, como si nunca hubiese salido. Sin embargo, su cara expresaba algo muy diferente.

—Eliminamos un par de escuadrones, Comandante. Creo que conseguimos ganar dos, quizás tres horas más mientras se reagrupan y vuelven a preparar el ataque por tierra.

—¿Valió la pena?

Brach se cuadró rígidamente.

—Eso no puedo decirlo yo, Comandante. Los hombres cumplieron con su deber, como todos nosotros.

Lee suspiró.

—¿Y qué información conseguimos? ¿Hay algo que indique cuál será la línea de ataque cuando nos alcancen?

Brach dudó antes de hablar.

—Es difícil saberlo. Se enterraron bajo las rocas como si fuesen de arena.

—¿Alguna vez caminaste fuera de esta base? Si me das una pala, yo también puedo enterrarme en esta luna.

Brach no hizo caso del sarcasmo. Ella aún no sabía nada.

—¿Y también podrías curarte una extremidad rota en cinco segundos dentro de tu pozo?

Lee abrió los ojos con sorpresa.

—¿Qué?

—Pensé que había eliminado la mitad de la columna en mi primer ataque. Luego, al girar vi que un grupo de bichos se enterraba bajo la superficie... Y después de la emboscada de los mutaliscos volví a mirar y, te lo juro, casi todas las cucarachas salieron de la tierra como nuevas. Era como si les hubiésemos pegado con serpentinas.

Lee contrajo los labios en una sonrisa dura y sombría, mientras asentía.

* * *

El aterrizaje no había sido fácil para el behemot, y necesitaría tiempo para recuperarse. Los zerg que albergaba en su interior no podrían sobrevivir todo ese tiempo sin sustento. Además, había que explorar el terreno.

Kerrigan los sacó del estado de inconsciencia en el que viajaban dentro del behemot y los envió al terreno. El plantea era caluroso, húmedo, montañoso y traicionero, pero estos inconvenientes no significaban nada para los zerg. Muchos de ellos, como los portadores de espinas, los alados y algunos otros avanzaron en masa por la selva tropical barriendo con todo lo que encontraban a su paso, tanto flora como fauna.

Los mutaliscos observaban por encima de la fronda para examinar el lugar. Por medio de ellos, Kerrigan vio una estructura cercana entre los árboles. Dos pálidos domos y edificaciones de metal más pequeñas alrededor. ¿Terran o protoss? Daba igual. Su principal interés eran las instalaciones militares, y claramente esto no era nada de eso. De todas formas, si albergaba vida, podía servir de alimento para los zerg. Dio una sola orden.

Atacar.

Los hidraliscos fueron los primeros en aplastar las pantallas pálidas del domo. De adentro salió aire caliente y vapor, mientras los primitivos sistemas de alarma terran parpadeaban con luces de colores. Adentro del domo, el terreno era igual que en el exterior pero más caliente, y mostraba caminos de suelo duro que zigzagueaban a través de la vegetación. Los hidraliscos los ignoraron y siguieron avanzando.

Se oyó un sonido: el grito de un terran. Kerrigan instó a los hidraliscos a seguir adelante.

Unas criaturas pequeñas y similares a babosas, desconocidas para la mente zerg, caían de los árboles y las plantas a medida que pasaban los hidraliscos. Algunas se clavaron en los zerg, que registraron dolor en ese lugar, pero la atención de Kerrigan estaba concentrada en otra cosa.

Había un solo terran parado frente a una puerta de metal. El ambiente se llenó con un perfume a miedo y desesperación, una embriagante mezcla que inundó los sentidos de los hidraliscos. Bebieron de esa mezcla, saboreándola hasta agotarla. Y entonces el único olor que quedó en el lugar fue el aroma de la muerte.

Los zergueznos también entraron al domo y siguieron a sus hermanos hasta la puerta. Pero a medida que avanzaban, aplastando todo a su paso, más babosas cayeron de los árboles y más zerg sintieron ese dolor que a veces era muy fuerte. Kerrigan los obligó a detenerse. Sentía curiosidad por la forma en que esas criaturas tan pequeñas podían causarles daño a los poderosos zerg.

Hizo que algunos zergueznos examinaran las babosas, pero eran criaturas frágiles que morían rápidamente entre las garras afiladas de los zerg. Entonces comenzó a observar con atención a los hidraliscos que rodeaban la puerta de metal, y vio algo que antes no había notado.

Había más babosas cubriendo la puerta, cuya superficie mostraba muchos agujeros. Algunas babosas estaban dentro de esos orificios superficiales. Observó los guantes protectores que cubrían las manos del terran muerto. Junto a sus pies, en un recipiente aún había varias babosas.

Estas babosas no solo podían lastimar la carne de los zerg, sino que además, de alguna manera, también comían el metal. Eso podía ser algo muy útil.

Kerrigan percibió movimientos inesperados y miró a través de los ojos de los zergueznos para encontrar su origen. Las babosas que los zergueznos habían matado accidentalmente se retorcían. Las que solo estaban lastimadas ya se movían de nuevo, sin señales de daños.

Muy útil, sí.

* * *

—Contacto desde la nave de evacuación, Comandante. El tiempo estimado de llegada es de sesenta minutos.

Lee suspiró con alivio. Los zerg habían rodeado por completo la base de Krakulv cuarenta minutos antes. Ahora arremetían contra los muros con todo lo que tenían, lo que incluía los chorros de ácido de las cucarachas, mientras los mutaliscos se lanzaban por el aire para golpear y huir una y otra vez. Los muros resistían y Brach estaba a cargo de repeler las oleadas de mutaliscos con baterías de cañones antiaéreos, pero Lee sabía que era cuestión de tiempo para que atravesaran las defensas.

Sesenta minutos. Si las paredes y los cañones resistieran ese tiempo, podría sacar al resto de los marines del lugar y el total de bajas sería de menos del treinta por ciento, mucho mejor que sus primeros cálculos después del ataque inicial.

Los ataques de los mutaliscos se detuvieron por un momento. Lee concentró su atención en los informes exteriores de los muros que aparecían en la consola principal. El ataque implacable de los zerg ya había dañado muchos sistemas de los muros externos, por lo que el informe no ofrecía mucho más que estática e imágenes borrosas. Entrecerró los ojos mientras trataba de discernir los movimientos y las formas en medio de la confusión. Estaban los zergueznos, los hidraliscos, las cucarachas...

En ese momento vio algo que por un segundo le paralizó el corazón, o creyó haberlo visto. Retrocedió la imagen treinta segundos y lo volvió a ver. Adelantó la imagen para recibirla en tiempo real, y ahí estaba otra vez, y otra vez.

Respiró hondo para comunicarle a Brach lo que había visto, pero la voz del capitán la sorprendió en los auriculares antes de que pudiese hablar.

—*¡Lee, algo pasa en el suelo! Es difícil saber de qué se trata... Krakulv no tiene actividad sísmica, ¿verdad?*

—No es un terremoto, Brach. Acabo de verlo en los informes.

Lee se acercó a la señal de alerta roja en la consola pero recordó que había estado encendida desde el amanecer. Activó los auriculares para hablarles a todos.

—Atención, todas las unidades. Las cucarachas están cavando túneles bajo los muros. Repito: las cucarachas no solo están enterrándose. ¡Ahora también pueden moverse bajo la tierra! ¡Todo el personal que aún no esté asignado al combate debe ir de inmediato a la explanada!

Los informes de video internos mostraban cómo los marines salían corriendo desde todos los rincones de la base para concentrarse en la explanada. En ese momento, Lee recordó lo que Brach había visto en el valle.

—Usen solo las armas más pesadas y confirmen las muertes. Repito: asegúrense por completo de que los bichos estén muertos. ¡Estos bichos de mierda se curan muy rápido, así que no se conformen con herirlos de muerte! ¡Si se entierran, métanles granadas!

Mientras los marines se congregaban en la explanada con sus rifles de asalto C-14 "Empaladores" cargados y listos, las primeras cucarachas excavadoras rompieron las grietas del suelo lunar del lado de adentro de los muros de la base. El lugar se iluminó con el fuego de los disparos cuando las tropas de Lee atacaron a los zerg. Las cucarachas respondieron con chorros de ácido y con el poder de sus extremidades quitinosas, que cortaron por el medio a un marine frente a sus ojos. Otro más cayó cuando una cucaracha emergió de la tierra a sus pies. Lee lo vio

luchar mientras el bicho lo arrastraba hacia abajo y sintió cierta satisfacción amarga cuando la tierra y el caparazón volaron por el aire. El marine había logrado meterle una granada.

Diez minutos después, la batalla no se veía bien. Las cucarachas eran grandes y estaban protegidas, y podían regenerar sus heridas apenas eran alcanzadas por los disparos de los marines. Lee contó cinco cucarachas muertas, pero al costo de treinta marines, y la cuenta seguía aumentando. Sus hombres trataban de mantener la distancia, pero las cucarachas emergían de la tierra debajo de ellos, y no había dónde esconderse.

En ese momento, las cucarachas se dieron vuelta.

Lee esperaba que se retirasen, que se enterraran para irse por debajo de los muros, pero comprendió que el ingreso de las cucarachas por debajo de los muros era solo el primer paso. No habían logrado traspasar los muros, que aunque estaban reforzados apenas podían soportar los terribles ataques desde el exterior con la ayuda de armas de vigilancia automáticas. Pero ahí en el interior de la base no había armas de vigilancia ni muros de contención, solo gruesos bloques de neoacero, que las cucarachas ahora atacaban con chorros concentrados de ácido, a razón de tres cucarachas por punto de ataque. Los marines lanzaban las cargas de sus Empaladores, pero otras cucarachas se interponían como escudos vivos para proteger a sus hermanas.

Los mutaliscos no se movían. Probablemente esperaban a que las cucarachas terminasen de entrar. Eso era lo que habría hecho Lee. Sin embargo, esta situación le permitía usar otra arma pero era una dura decisión para tomar. Respiró profundamente.

—Brach, toma los girorestrictores de los cañones antiaéreos y concentra el fuego en las cucarachas.

—*¿Puede repetir la orden, Comandante?*

—¡Apunta y dispara, mierda! ¡Son las únicas armas con suficiente potencia para eliminarlas antes de que rompan las paredes!

—*¡Nuestros hombres aún están ahí afuera!*

—¡Ya lo sé!

Brach cortó la comunicación.

Lee esperó impotente mientras el ácido de las cucarachas lentamente atravesaba las paredes de la base molécula a molécula. La sección 4D caía rápidamente.

Una ensordecedora andanada de fuego antiaéreo invadió la explanada y destrozó a un grupo de cucarachas. El impacto hizo volar por los aires a tres marines.

—*¡Todos atrás! ¡Repito: mantengan la distancia y no avancen!* —La voz de Brach se oía fuerte y clara en todos los intercomunicadores mientras los cañones antiaéreos seguían disparando contra la explanada.

Lee examinó el estado de la pared. Sus hombres seguían gritando sus informes.

—¡La sección 8C está cayendo!

—¡La 3B está en un ochenta por ciento!

—¡Cayó la sección 4D!

—*¡Comprendido! ¡Fuego en esas áreas, ahora!*

Más disparos de cañón estallaron en la explanada, especialmente sobre las cucarachas que atacaban los puntos más débiles. En los lugares en los que partes de las paredes ya habían caído, Brach giraba y disparaba contra los agujeros mismos para destrozarse a los zerg que se amontonaban ahí.

Los mutaliscos comenzaron a atacar nuevamente, y los disparos pasaban de la tierra al aire, donde los bichos volaban y dejaban caer un torrente de gusanos sobre los marines.

Lee miró su reloj: cuarenta minutos.

* * *

Illyana y Dan entraron en la sala de comunicaciones. Dan se puso a trabajar para tratar de aumentar la señal que venía desde el monitor de signos vitales de Raynolds. Respiraba agitado, mientras pulsaba los botones y cambiaba las configuraciones.

Illyana abrió la consola de asistencia extravehicular y activó la secuencia de calentamiento de uno de los jeeps de jungla. En realidad eran mohicanos modificados, pero el Dr. Callins, director del proyecto y jefe de biomorfología, los había apodado "jeeps de jungla" el primer día de trabajo. Illyana no sabía si esto realmente era gracioso para los demás científicos o solo eran unos obsecuentes con Callins, pero el nombre se había impuesto.

Dan levantó la vista de la consola.

—¿Qué es ese ruido?

Illyana giró y trató de rastrear el sonido pero se dio cuenta de que salía del bolsillo de su traje refrigerado. Era su sensor de alerta que estaba vibrando otra vez.

—Oh, no... —Volvió a comprobar—. La esfera seis está comprometida.

—Es la más cercana a la tres, hacia el oeste. ¿Había alguien...?

—No. Hoy solo mandamos un hombre a la número tres, gracias al cielo. ¿Qué carajo está pasando?

El Dr. Callins entró corriendo.

—Kortter, ¿qué le hiciste a la señal? ¡Todos mis monitores de la esfera seis se desconectaron!

Callins tenía la típica impaciencia de todos los científicos. Illyana se interpuso entre él y Dannion para disipar la inevitable discusión que tendrían.

—No somos nosotros, señor. La esfera seis está comprometida, igual que la tres.

—¿Entonces qué carajo hacen acá? ¡Vayan y arreglen eso!

—Es justo lo que iba a hacer, trate de calmarse... —Aún en su mano, el sensor de alerta volvió a vibrar—. Y ahora perdimos la esfera uno.

—¡¿Qué?!

Illyana ignoró a Callins y abrió el mapa de puestos de avanzada. Las biosferas estaban distribuidas en un diseño casi circular y cada una estaba a una distancia de diez a veinte kilómetros de la base central. Lo suficientemente cerca para llegar a cualquiera de ellas fácilmente, y lo suficientemente lejos y apartadas entre sí para garantizar una amplia variedad de entornos. La esfera tres estaba al noroeste de la base, la seis estaba al oeste de la tres, y la uno estaba al sudoeste de la seis.

—Dan, mira esto. Tenías razón: están cayendo en orden circular, contra el sentido de las agujas del reloj.

La expresión de Dannion indicaba que hubiese preferido estar equivocado.

—Pero ¿por qué en ese orden? No hay motivo para que las esferas caigan en secuencia. Son autónomas, tienen sistemas paralelos exclusivos. La única conexión que comparten es con nuestra base.

Illyana volvió a mirar el patrón de orden y recordó las palabras de Reynolds: *Parece que se fue la luz.*

—Alerta total. Dan, llama a la nave de transporte. Dr. Callins, reúna a su personal y asegúrese de que realicen los preparativos para la evacuación. Tienen cuatro horas.

Callins protestó y comenzó a balbucear.

—¿Qué...? Pero, ustedes no pueden...

Illyana lo sacó a patadas del lugar mientras seguía protestando. Sabía que, de todos los miembros del personal en el planeta, ella era a la que menos respeto le tenían, pero técnicamente el personal de seguridad estaba por encima del personal no asignado al combate, así que le importaba un carajo lo que dijese Callins.

Los dedos de Dannion se movían nerviosamente por la consola.

—Illyana... no salgas, por favor.

Ella sonrió con tristeza.

—Dan, nada me gustaría más que quedarme acá y esperar la evacuación. Pero no puedo, es mi deber.

En lo profundo de su ser, a pesar del horror que había vivido, Illyana Jorres aún era una soldado. Una marine. Y no podía quedarse sin hacer nada mientras... mientras...

Ni siquiera quería pensar en esa palabra.

* * *

—*Base Krakuly, este es el destructor Victoria. Tenemos contacto visual. Respondan.*

Se habían adelantado cinco minutos. Lee activó el canal de salida de sus auriculares.

—*Victoria, esta es la base de Krakuly. Habla la comandante Lee Treicher. Es un alivio oírlos. Estamos muy mal acá abajo. Tengo aproximadamente entre uno-cero-cero y uno-cinco-cero sobrevivientes para evacuar. Esperamos sus instrucciones.*

—Hay bastante movimiento ahí abajo, comandante. ¿Podemos aterrizar un destructor en su plataforma?

Lee maldijo para adentro. Krakulv no había sido diseñada para recibir una nave del tamaño del destructor *Victoria*. A nadie se le ocurrió que sería necesario.

—Negativo. ¿Pueden buscar un lugar fuera de los muros?

—*Negativo, comandante. Están rodeados de zerg en una franja de medio kilómetro en todas direcciones.*

—¿Ya recogieron nuestros evameds?

—*Afirmativo, todos presentes y atendidos.*

—Entonces, escuchen. Tenemos un evamed más acá. Manden tres evameds vacíos, muevan su posición para quedar sobre la base y disparen fuego de artillería a tierra para darnos un poco más de tiempo.

La línea quedó en silencio. Lee sabía que el capitán de la nave estaba analizando su sugerencia, pero era la única opción razonable. Incluso un destructor básico como el *Victoria* tenía suficiente artillería para hacer retroceder a los zerg y suficiente protección para resistir los contraataques.

La línea volvió a activarse.

—*Copiado, Comandante. Parece que tenemos un plan. El tiempo estimado para alcanzar la posición de disparo es de tres minutos. Lanzaremos los evameds desde esa posición.*

Lee pasó los siguientes tres minutos coordinando a sus marines. Envío a los heridos al evamed que quedaba en la base y les ordenó a todos los demás que se replegasen hacia adentro de las instalaciones. Luego envió al personal básico de la base a la plataforma de evameds.

Aunque protestaron, se calmaron cuando ella los fulminó con esa mirada helada que funcionaba tan bien con Brach. Cuando salían, se toparon con él que venía en dirección contraria.

—¡Lee! ¡Vámonos!

En la consola principal se encendió una luz verde que indicaba que el piloto del evamed estaba listo. Lee abrió los portones del hangar.

—Adelántate, Brach. Yo me quedo hasta la evacuación final.

—¡Esta es la evacuación final! El destructor está llegando a su posición. Esta base no es una nave estelar, Lee, y tú no eres la capitana. ¡No tienes que hundirte con ella! —gritó Brach desesperado.

—No tengo ninguna intención de hacer eso, pero no podemos arriesgarnos a que los zerg lleguen a nuestros sistemas de inteligencia y no hay tiempo para borrar todo.

—¡Entonces activa las bombas de autodestrucción, y salgamos de aquí!

—No es tan fácil. Si nos apuramos demasiado, podemos destruir al *Victoria* y a todos los que están a bordo. Si tardamos mucho, los zerg podrían entrar incluso antes de que las bombas estén listas.

—¿Y entonces? ¿Qué sugieres?

Lee miró la consola. Ahora que los marines se habían retirado, los zerg ya habían comenzado a romper los sectores externos del edificio principal. Y las cucarachas no tardarían mucho en romper las compuertas principales, incluso la del centro de mando. Miró a Brach y sonrió.

—¿Recuerdas cómo me resistía a traer el gabinete de trofeos?

—Sí...

Se paró en puntas de pie y lo besó en la mejilla.

—Bueno, eres un genio. Este es el plan...

* * *

El jeep de jungla se bamboleaba sobre el suelo rugoso y avanzaba aplastando y arrancando la maleza. Conducía lo más rápido que podía. Las enredaderas y las plantas trepadoras golpeaban contra el parabrisas, se quebraban y caían bajo las ruedas mientras los insectos y los primates pequeños se apartaban rápidamente del camino del vehículo.

Con la sombra de la montaña, la luz del sol de la tarde se convirtió en un tenue resplandor crepuscular, pero de todos modos pudo divisar la biosfera adelante, unos cien metros por encima de la ladera de la montaña. Desde allí todo parecía estar bien. Vio una suave bruma que se levantaba de uno de los domos, pero este era un ambiente húmedo, y ella ya había visto cómo las rocas a veces despedían vapor debido al calor de la selva tropical.

Illyana giró el jeep para volver al camino de tierra. Ya estaba bastante cerca y no hacía falta tratar de subir por la ladera de una montaña de Garxxax en un mohicano, algo que era demasiado peligroso.

Llegó a la base y estacionó. Sin dudas, algo no andaba bien. La base estaba completamente a oscuras, sin señales de energía ni vida. Las grietas formaban una telaraña en la coraza geodésica del domo más cercano. La puerta de la entrada principal había sido arrancada de cuajo, y estaba destruida y tirada afuera. Adentro, Illyana solo veía devastación.

Al ver la edificación central, daba la impresión de que una horda de animales salvajes la había arrasado y había destruido los equipos, las consolas y todo lo que había por ahí. De los

paneles destrozados salían marañas de cables eléctricos que zumbaban y chisporroteaban. Las placas del suelo habían sido destruidas como si hubiesen sido aplastadas por las pezuñas de bestias salvajes. ¿Había algún tipo de vida nativa en el planeta que no conocían? ¿Existiría alguna bestia enorme que pudiese causar una estampida y demoler una estructura como esta?

Abrió el intercomunicador.

—Kortter, habla Jorres. Estoy en la esfera tres, y la situación es mala. Casi destrucción total.

La respuesta de Dan apenas se oía por la estática.

—*Apenas te oigo, Jorres... ¿Estás bien? El sonido... Carajo. Estoy perdiendo la comunicación. ¿Estás ahí afuera?*

—Estoy bien —mintió Illyana—. Dime que llamaste a la nave de evacuación.

—*Afirmativo. La llamé antes de que te fueras... Faltan noventa minutos, vuelve aquí.*

—Está bien, te copio. La estática es una mierda pero te copio.

—*¡No, idiota, te digo que vuelvas! Hay cuatro esferas más... ¡Tienes que salir de ahí ya mismo!*

Cuatro esferas más habían caído. Y hubiese apostado cualquier cosa a que habían caído en orden circular, tal como antes. Era un patrón metódico que lentamente iba rodeando la base central.

Illyana llegó a la esclusa de aire de la esfera principal. Cada esfera tenía una para mantener la integridad del ecosistema. Las puertas se cerraban automáticamente si una esfera se rompía, pero ingresó el código de seguridad mientras contenía la respiración.

La puerta se abrió con un sonido metálico. Al menos esos sistemas aún funcionaban. El picaporte de metal estaba caliente. Pensó que eso se debía a que los controles del lugar habían dejado de funcionar, pero luego recordó dónde estaba.

En la biosfera tres estaban investigando dos formas de vida autóctona. Una era un árbol, cuyas enredaderas emanaban una extraña savia que se adhería al neoacero como el pegamento. Los científicos intentaban determinar si podían usar ese material como agente de refuerzo para el neoacero. El problema era que la savia también era muy inflamable. Lo único que se necesitaba para iniciar un incendio era el disparo de un arma de fuego o, como habían descubierto, una reacción química causada por la otra forma de vida que investigaban en el lugar.

La babosa zantar medía solo unos centímetros pero excretaba una sustancia mucosa altamente corrosiva para defenderse de los predadores cuando se sentía amenazada. Ese moco tenía la capacidad de corroer y traspasar el neoacero, y de encender la savia si la tocaba. En la naturaleza, las babosas y las enredaderas vivían en extremos opuestos del continente, pero el clima y el azar las juntaban a veces. Esto generaba una reacción explosiva que entusiasmaba mucho a Reynolds, el biólogo químico. Alguna vez dijo en broma que las tormentas tropicales de Garxxax eran lo único que evitaba que todo el planeta ardiese como una brasa. En las biosferas artificiales, podían controlar y examinar esta reacción en condiciones seguras.

El siguiente problema era atrapar a las babosas. Si bien no eran inteligentes, tenían suficiente instinto de supervivencia para desaparecer de inmediato si estaban en peligro. Una prueba de eso eran los agujeros que podían verse en algunos sectores de la selva tropical del planeta, que indicaban la presencia de grupos de babosas zantar escondidas bajo tierra.

Reynolds y sus colegas intentaban decodificar la conformación de esa sustancia mucosa, que permitía que las babosas la llevaran en su interior sin que las propiedades corrosivas las dañaran. El misterio parecía estar conectado con su extraño metabolismo, que hacía que pudiesen curarse con una rapidez increíble. Una vez, Hesken le había mostrado a Illyana el video de una babosa que era partida en dos y que luego se unía nuevamente y seguía moviéndose como

si no hubiese pasado nada. En el video, había tardado menos de un minuto. Illyana le había preguntado a Hesken cuál era la velocidad de reproducción. El científico lanzó una carcajada y le explicó que el video era en tiempo real. No habían necesitado acelerar las imágenes.

Ahora, Illyana miraba alrededor suyo la devastación de la esfera y se preguntaba qué era lo que había fallado. El ecosistema de enredaderas con savia estaba casi destruido, y las plantas colgaban por todas partes. Aunque los rociadores se habían activado y habían salvado algunas, el calor del fuego había abierto enormes grietas en el techo del domo.

El suelo estaba cubierto por los cuerpos carbonizados de las babosas. Illyana supuso que eran las que Reynolds guardaba para sus experimentos, que se habían quemado junto con los recipientes y las jaulas.

Se dio cuenta de su error cuando apartó una enredadera y una lluvia de babosas zantar le cayó encima. Tuvo suerte: ninguna le tocó la cabeza, el visor ni el tubo de oxígeno. Pero muchas cayeron sobre su brazo derecho y reaccionaron instintivamente antes de que pudiera sacárselas de encima. Algunas cayeron sobre las enredaderas y encendieron la savia. Las babosas se contrajeron y cayeron mientras las llamas se extinguían rápidamente, sin nada más para quemar.

Le ardía el dorso de la mano como si también estuviese en llamas. Un dolor abrasador le subía por el brazo, y se dio cuenta de que no era solo la mano. Era simplemente que la mano tenía más receptores nerviosos que transmitían el dolor.

Se arrancó el guante y desgarró el brazo del traje con frenesí. Se contempló horrorizada. Algunos pedazos de piel de la mano y el brazo despedían humo y crujían mientras el ácido de las babosas seguía penetrando su carne. En el suelo, el brazo de su traje y el guante se derretían como trozos de hielo. El moco también corroía los pedazos de coraza de neoacero que servían para cubrir los músculos.

Illyana lanzó un grito. Nunca había sentido tal dolor, ni siquiera en la guerra. Lo peor era que no se trataba de una herida hecha por un enemigo, sino que era un accidente causado por su estúpido error. Se sintió como una principiante, y se maldijo a sí misma por su terquedad. Debía haber escuchado a Dan, debía haberse quedado en la base central y ayudar a preparar la evacuación.

Pero no lo había hecho. Y esa misma terquedad la empujaba a seguir adelante, mientras sostenía su P220 con la mano izquierda. De alguna forma, las babosas se habían escapado, habían encendido la savia de las enredaderas y habían destruido el ecosistema en este domo. Pero, ¿cómo habían hecho eso?

Volvió a la edificación central destruida. El fuego de las babosas y la savia no podían haber causado semejante daño. Y entonces, ¿cuál era la causa? Caminó por el segundo pasillo en dirección al domo de babosas y encontró la respuesta a su primera pregunta. La compuerta interior de la esclusa de aire había sido arrancada de las bisagras y estaba tirada en el suelo, retorcida a golpes.

Estaba llena de agujeros. Tirada allí en el suelo, parecía uno de esos sectores de la jungla con los agujeros amontonados. Por algún motivo, las babosas la habían atacado.

Muchas posibilidades se le cruzaron por la mente. Levantó la pistola mientras entraba por el lugar donde había estado la puerta. Su brazo derecho, o lo que quedaba de él, ya no le dolía. Sentía solo una molestia. O bien estaba por entrar en shock, o su cerebro de alguna forma había desconectado los receptores de esa parte de su cuerpo. Sea lo que fuese, era una mala señal. Aunque lograra sobrevivir, su brazo quedaría inutilizado. Se preguntó si la compañía le compraría un brazo cibernético a modo de indemnización.

Oyó una carcajada cínica que retumbó sombríamente en el lugar, y se dio cuenta de que era ella misma. Se estaba quemando. Los controles de temperatura de su traje refrigerado habían dejado de funcionar cuando arrancó el brazo del traje y rompió el sello hermético. El sudor le corría por la cara y le hacía arder los ojos.

Volvió en sí con absoluta rapidez cuando casi tropezó con el cuerpo de Reynolds.

Estaba irreconocible, desgarrado y triturado como una pulpa. Pero de todos modos era el cuerpo de un ser humano, probablemente caído en el mismo lugar en el que había pronunciado sus últimas palabras: esa llamada a la base que Illyana había llegado a escuchar mientras hablaba con Dan.

Las grietas que había visto desde el exterior estaban en esta biosfera, pero lo que se veía al otro lado era mucho más elocuente. Estaba todo completamente destruido. Los fragmentos de pantallas destrozadas cubrían el lugar. Las plantas del ecosistema en miniatura que se habían dispuesto con tanto esmero para imitar las condiciones de la selva tropical estaban pisoteadas y en ruinas. Otros árboles más grandes habían sido arrancados de raíz.

Miró hacia abajo para comprobar si había más babosas y se dio cuenta de que, fuese lo que fuese, eso no había sido causado por una estampida de animales salvajes. Las baldosas del suelo no solo tenían marcas profundas como las que dejan las pezuñas y las garras. También tenían marcas de quemaduras, espinas dentadas clavadas en la superficie y un halo de escombros pisoteados. Todo era tan conocido que se le hizo un nudo en el estómago.

Al dar vuelta una esquina, detrás de un trozo de enredadera, algo titiló en las sombras. Illyana se acercó muy suavemente. Casi sin darse cuenta, dio la vuelta por el otro lado para poder mirar y estar más protegida, mientras mantenía la espalda contra uno de los pocos pedazos de pantalla geodésica que quedaban de pie. Un fuerte olor a podrido le invadió las fosas nasales. Sin

moverse mucho, se sacó los tubos de oxígeno solo un poco para poder oler bien, y de inmediato se los volvió a poner. Era un olor nauseabundo, una mezcla de putrefacción y ácido calcinante.

Al doblar la esquina, se le cortó la respiración. Una masa hirviente de carne membranosa tapaba el suelo. Parecía que se pudría y vivía a la vez. Despedía nubes de vapor tóxico que se elevaban y salían por las grietas del domo.

En el centro, mirándola, había una criatura que alguna vez había sido una babosa zantar. Ahora tenía el doble de su tamaño, y su carne de color amarronado se endurecía en el exterior hasta formar un caparazón salpicado por membranas latientes de color púrpura.

No se movió. Illyana retrocedió lentamente, se alejó y finalmente encontró lo que buscaba en la primera biosfera: un recipiente de líquido viscoso amarronado que no había sido dañado por el fuego. Volvió al domo de babosas, lo colocó en el suelo cerca de esa masa de carne podrida y rompió el sello hermético con la mano que aún tenía sana.

Se irguió y le tiró el líquido a esa especie de babosa en evolución que estaba en el centro de la masa. Apuntó con su P220 y disparó en dirección a la savia de enredadera que se esparcía.

La masa ardió en un destello luminoso y las llamas se propagaron y comenzaron a despedir columnas de humo negro asfixiante. Illyana tuvo que retroceder, tropezando con las enredaderas y los árboles arrancados. Se dio vuelta para comenzar a correr y a través del domo hecho pedazos pudo ver una gran forma oscura allá afuera, en un hueco de la montaña. Aunque no veía bien por la oscuridad, la distancia y la rapidez con la que corría, reconoció al behemot de inmediato.

Las marcas de las garras, las espinas, la babosa zantar mutante... Todo podía haber sido una coincidencia, pero ahora ya no había dudas.

Los zerg habían regresado, y estaban en Garxxax.

* * *

Los zerg atravesaron la puerta debilitada por el ácido como si fuese papel mojado. Brach se dio vuelta y disparó. Logró matar a cuatro zergueznos antes de que se abriera la siguiente puerta.

—¡Brach, vamos! —gritó Lee. Le zumbaban los oídos por los disparos. En ese momento deseó tener un casco como el de Brach. Ya había atravesado la siguiente puerta y lo esperaba con la mano apoyada en el comando de cierre. Brach entró corriendo y se zambulló en el lugar mientras Lee pulsaba el botón de cierre de emergencia. Les quedaban dos compuertas más para cruzar.

Atravesaron la siguiente puerta antes de que los zerg rompieran la puerta que habían dejado a sus espaldas, por lo que Brach soltó un suspiro de alivio. Habían puesto un poco de distancia entre ellos y sus perseguidores.

—*Capitán, estamos listos para partir. ¿Cuál es su ubicación?* —La voz del piloto resonó en los auriculares de Lee.

—Estamos entrando en el hangar en este momento —respondió—. Esperen.

La puerta final se abrió y pudieron ver la plataforma del hangar. Lo único que había en el lugar era la banshee hecha pedazos de Brach y el evamed lleno de marines, con la rampa de abordaje lista para ellos. Lee y Brach eran los últimos en irse. Los motores del evamed rugieron. El piloto sostenía el acelerador, ansioso por arrancar y salir de una vez por todas.

Cruzaron a toda velocidad el hangar. Lee iba al frente, lo más rápido que podía. Brach podía haberla pasado fácilmente con los potentes servos de su CMC, pero en cambio avanzaba

lentamente para cubrirle las espaldas. Al acercarse a la rampa de abordaje, Lee oyó un crujido apagado que venía de atrás, apenas audible por el sonido de los motores. Miró por encima del hombro y vio que dos puertas auxiliares se abrían con un estallido y los hidraliscos y las cucarachas entraban en la plataforma.

Brach los vio, levantó el rifle y abrió fuego.

—¡Sigue corriendo! —gritó por el intercomunicador—. ¡Yo te cubro!

Lee contuvo el impulso de dar vuelta y volver. Brach tenía razón, no estaba equipada para la batalla. En cambio él, con su uniforme de combate, podía llegar a la nave en unos segundos. Pero lo conocía y sabía la clase de riesgos que asumía.

—¡No! —gritó mientras seguía corriendo—. ¡Corre a la rampa! ¡Podemos lograrlo antes de que nos alcancen!

Brach pareció no escucharla. Descargó una ráfaga contra los hidraliscos y mató a dos. Pero entonces comenzó a caminar hacia atrás mientras disparaba ráfagas cortas. Los cuerpos de esos monstruos horribles se apilaban, bloqueaban los pasillos e impedían que los otros zerg que venían atrás pudiesen pasar.

—¡Solo quiero asegurarme! —gritó—. ¡Sube a bordo! ¡Yo te sigo!

Lee sabía que estaba mintiendo pero saltó a la rampa antes de mirar atrás.

—¡Ya subí! ¡Ahora mueva el culo, soldado!

Brach comenzó a correr hacia la rampa, y cada tanto se daba vuelta para dispararles a los zerg. Tiró una última ráfaga contra las cucarachas antes de saltar a la rampa, pero había perdido demasiado tiempo, y estaban más cerca de lo que había calculado. La cucaracha que iba al frente abrió sus fauces y vomitó un chorro de ácido mientras Brach caía sobre la rampa. Le pegó justo

por encima de la rodilla derecha y le hizo perder el equilibrio. Brach cayó de frente junto a Lee, que observó con horror cómo su traje de neocero humeaba y se disolvía ante sus ojos.

Brach gritó de dolor, pero aunque tenía activado el micrófono de su casco, Lee apenas podía oírlo por el ruido de los motores. Se retorció en agonía agitando los brazos y accidentalmente tiró a Lee contra el piso de la rampa. Ella luchó contra el peso del traje de combate de Brach para alcanzar algo que tenía en la parte de atrás del cinturón. Con un giro de hombros finalmente alcanzó la granada. Algo crujió en la articulación del hombro, pero no sintió dolor. Cerró la mano y sujetó firmemente el explosivo, que se sentía suave y frío. Soltó el brazo hacia afuera y hacia arriba para lanzarla.

—¡Salimos! ¡Cierren la rampa! —gritó por los auriculares. La granada dibujó un arco al volar por el aire y reflejó la luz del sol que pasaba a través de la abertura del hangar. Finalmente, aterrizó en la boca de la cucaracha que había atacado a Brach.

Mientras la rampa se cerraba, Lee alcanzó a ver cómo explotaba el zerg. Dos marines forcejearon con Brach para acostarlo mientras otro le gritaba algo al piloto. Los motores se aceleraron a la máxima potencia, y el evamed se elevó, dio un giro de noventa grados y descargó toda la fuerza del escape de sus turbinas contra los zerg a medida que se alejaba a toda marcha.

Brach, todavía tirado en el suelo, giró la cabeza hacia Lee y se levantó el visor. Sonrió, hizo un gesto de dolor, y volvió a sonreír.

—Siempre digo que somos la pareja perfecta.

* * *

Dannion observó con horror y resignación cómo se desconectaba la última biosfera. La nave de evacuación aún estaba a treinta minutos de viaje. Dudaba si la base central resistiría tanto tiempo. Si se cortaba la energía, la nave tendría que usar coordenadas manuales para encontrarlos y aterrizar, pero con el terreno montañoso de la selva tropical, los datos podían ser engañosos. Había un lugar posible muy cerca: el mismo que se había usado para aterrizar las naves que los habían transportado a ellos, y al laboratorio hasta Garxxax. Sin embargo, después de seis meses sin usarlo, la selva había avanzado sobre el lugar y sería difícil identificarlo desde la altura, especialmente con la tormenta que se acercaba desde el oeste.

La última comunicación de Dannion con Jorres había sido una hora antes, cuando le reclamó que volviese de inmediato. Desde entonces no había podido localizarla, pero no podía hacer nada más por ahora. Entró a la sala central, donde se habían reunido Callins y los demás miembros del personal. Faltaban dos.

—¿Dónde están Hesken y Dirthiss?

Callins lo miró con el ceño fruncido.

—Aún están empacando en sus habitaciones. Está bien, tenemos tiempo.

Todos los demás estaban sentados en el lugar, bebiendo y conversando. La mayoría se quejaba. Algunos miraron a Dannion con cautela. Antes habían discutido acerca de los apagones, y Hesken los había acusado a él y a Jorres de exagerar ante lo que claramente era "un problema en las comunicaciones". Dannion había mencionado el informe de Jorres y había explicado que la esfera tres estaba completamente destruida, pero Hesken no le había hecho caso. Quizás se había caído un árbol, o una roca había rodado desde la montaña, o quizás había caído un meteorito sobre la esfera.

No todos los científicos se quejaban. Algunos nunca antes habían formado parte de una base aislada como esta y estaban un poco inquietos. La pérdida de las investigaciones los había afectado a todos, también a Dannion, que en realidad era físico. En su tiempo libre, se había dedicado a analizar las ondas de radio del espacio exterior. Había descargado la mayor cantidad posible de datos, pero teniendo en cuenta el caos en el que habían caído los sistemas de comunicaciones, se descargaban con demasiados errores. Hasta donde sabía, serían irrecuperables cuando regresaran a Korhal. Otra baja más.

El ruido de un golpe interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué carajo fue eso?

Callins señaló en dirección a la habitación de Hesken.

—Probablemente Hesken se asustó al ver su propia sombra y dejó caer su maleta.

Algunos científicos se rieron. Hesken era una persona nerviosa, y era comprensible que la orden de evacuación lo hubiese inquietado aún más.

Luego se escuchó un segundo golpe. Dannion comenzó a cruzar la sala, esquivando equipajes y sillas. Antes de que llegara al pasillo que conducía a la habitación de Hesken, sonó su intercomunicador personal.

—... *Jorres... A base... ¿Dan, estás ahí?*

La línea estaba cargada de estática, pero era un alivio oír su voz.

—Illyana, ¿dónde estás? Hace una hora que trato de localizarte.

—*Mal, Dan... La esfera está completamente... Zerg, estoy segura... Intento volver...*

Los ruidos de golpes en la habitación de Hesken ahora se combinaban con otro sonido: los gritos de pánico de hombres que luchaban por sus vidas.

Dannion les gritó a los demás científicos:

—¡Mierda, están acá! ¡Todos a la armería! ¡Corran!

Volvió sobre sus pasos mientras intentaba recordar en qué lugar estaba la "armería", que en realidad no era más que un armario en el que guardaban algunas pistolas. No servirían de mucho si Illyana tenía razón, aunque no estaba seguro de haber oído correctamente...

En realidad, daba lo mismo.

Dannion, Callins y todos los demás científicos se quedaron paralizados en su lugar contemplando atónitos la inmensa cantidad de zerg que entraban en la sala central a través de los pasillos. Y los rodeaban. Y los acorralaban.

Sería una faena rápida.

* * *

El aterrizaje del evamed fue difícil. La plataforma del *Victoria* ya estaba llena con sus propios evameds, y con el agregado de la flota de Krakulv habían llegado al máximo de la capacidad disponible.

De todas formas, cualquier aterrizaje del que se saliese vivo era bueno. Los marines comenzaron a desembarcar y eran recibidos por los que habían llegado poco antes. Un equipo médico se acercó a toda prisa para llevar a Brach y a los otros marines heridos al quirófano de emergencia. Lee pronto los seguiría, pero aún debía ocuparse de algo.

Abrió la puerta de la cabina de mando del evamed y se calzó los auriculares del piloto.

—Capitán, habla la Comandante Treicher.

—*Bienvenida a bordo, comandante. Sus hombres ya me contaron que son los últimos...*

—Cállese y escuche. Eleve la nave ya mismo, ¿me oye? ¡Tenemos que salir de la órbita de bajo nivel!

—*Imposible, comandante. Tenemos órdenes de eliminar la base de Krakuly con bombas nucleares antes de regresar a la estación.*

—¿Y qué carajo cree que estábamos haciendo allá abajo? ¿Esperando hasta último momento para que el escape fuera más emocionante?

—*Ah... Copiado.*

* * *

Los terran se habían ido. Habían huido como los cobardes que eran y habían abandonado su preciosa base. Kerrigan examinó el lugar a través de los ojos de los zerg para armar un panorama de lo que habían dejado los terran. Mucha de la tecnología era antigua o inservible para los zerg, y no se había detectado ningún trabajo biológico en la base. Era lógico, esta era una estación de advertencia. Su principal sustento debían ser los datos de inteligencia.

Los zergueznos se desplegaron y avanzaron en masa por la base. Cada rincón debía ser analizado y marcado. Los mutaliscos hicieron lo mismo en el exterior. Kerrigan no dejaba nada librado al azar.

Los hidraliscos y las cucarachas se dirigieron al centro nervioso de la base. Si quedaba algún dato de inteligencia humana que pudiese servir en esa luna muerta, estaría ahí. Kerrigan envió a las cucarachas líderes para que vomitasen su ácido y se abriesen paso a través de las puertas. Cada una los llevaba a un conglomerado de luces y sonidos que vibraba por la

actividad: almas fantasmales que en medio de la electroestática mantenían la vana esperanza de que los humanos regresasen alguna vez.

La primera cucaracha detectó mucho calor mientras se escabullía a través de los restos líquidos de la puerta. Kerrigan registró esa sensación pero no le pareció importante hasta que otros zerg comenzaron a sentir lo mismo.

Las llamas se propagaron por las paredes del centro y avanzaron hacia afuera desde el lugar donde había estado la puerta. Un aroma especial inquietó a todas las cucarachas por igual y despertó una ancestral memoria grupal en la que aparecían tenues imágenes de selvas húmedas, altas montañas y exóticas savias silvestres.

Las llamas llegaron hasta el techo. La longitud de onda de la luz se alteró y se volvió infrarroja. Una onda de sonido oscilante llenó el espacio.

En lo profundo de la luna muerta de Krakulv, los sistemas cobraron vida.

* * *

La comunicación con Dannion se había cortado unos segundos después de que Illyana oyese los gritos. Sabía que no era por una mala conexión.

Había visto sus huellas mientras escapaba del domo destrozado de la biosfera tres. Había oído sus movimientos a la distancia mientras recolectaba más savia de enredadera en recipientes que guardaba en una caja. Había oído las explosiones de las otras biosferas mientras conducía frenéticamente con una sola mano para alejarse. Una de esas tormentas tropicales características de Garxxax comenzaba a retumbar sobre su cabeza.

El brazo lastimado colgaba flácido e inútil. Parecía empeorar, como si el ácido se esparciese de alguna forma. Con cada movimiento del jeep, el dolor le perforaba el pecho, a pesar de eso seguía por el camino de tierra. ¿Era el ácido o simplemente el dolor y el esfuerzo de tratar de volver a la base? No lo sabía y no le importaba.

Cinco minutos antes, había visto por el espejo retrovisor a un hidralisco que intentaba salir de la selva a los tumbos mientras ella doblaba una curva. Como no había dado más señales de vida, supuso que no la había visto.

Se equivocaba. Los árboles se hicieron añicos, y un zerguezo apareció desde la selva y golpeó el capó del jeep. Illyana lanzó un aullido sin darse cuenta y trató de girar, pero las copiosas lluvias habían convertido el camino de tierra en un charco de barro, y el guardabarros del jeep se estrelló contra el enorme cuerpo quitinoso. Un panel de neocero se desprendió y voló sobre su cabeza para aterrizar atrás, en la tierra. El vehículo se tambaleó y uno de los ejes frontales cedió ante el impacto.

Sin embargo, todavía se movía, todavía funcionaba. Desde la posición de la base en el valle se levantó una columna de humo que la ocultó casi por completo. Durante la guerra, Illyana había visto muchas veces lo que los zerg hacían con las bases y las estructuras terran.

El jeep siguió tambaleando otros cien metros hasta que un fuerte golpe lo alcanzó en la parte trasera. Illyana tuvo tiempo de mirar por el espejo y vio una columna de zergueznos que la perseguían. En ese momento, la parte trasera golpeó contra la tierra y arrastró el acero por del barro, lo cual desvió al jeep en dirección a la selva.

Saltó del vehículo antes de que chocara contra un árbol al costado del camino. Cayó sobre su brazo herido y lanzó un grito de dolor. Los pocos huesos que le quedaban en ese brazo crujieron y quedaron destruidos.

Sin embargo, se obligó a levantarse y arrastró la caja con los recipientes fuera del jeep. Muchos se habían roto con el impacto, pero otros estaban intactos. Comprobó el ancho del camino, calculó la distancia a la que estaban los zerg que se acercaban y estimó que tenía suficiente cantidad para hacer una pared de fuego tan densa como para mantenerlos a raya, siempre y cuando la lluvia no apagara el fuego con demasiada rapidez. Si la tormenta pasaba, incluso podía propagarse por la selva y detenerlos hasta que ella llegase a la base.

También existía la posibilidad de que el fuego se quemase como a una brasa. De todas formas, no podía salvarse, eso era bastante seguro, pero antes se cargaría a todos los bichos de mierda que pudiese.

Sacó el primer recipiente de la caja... y levantó la vista con sorpresa al oír el ruido de los motores que rugían sobre su cabeza. Una nave de transporte se abría paso entre las nubes y comenzaba a descender en dirección a la base. *Hasta un piloto marine puede detectar semejante columna de humo*, pensó mientras sonreía con aires de superioridad.

El piloto consiguió hacerse oír por el canal de comunicación, aunque la línea estaba saturada de estática.

—*Base de Garxxax... Aquí la nave de evacuación... Habla el Teniente primero Treicher. Tenemos contacto visual...*

—Nave de evacuación, habla la oficial principal de seguridad Illyana Jorres. ¡La base cayó, repito: la base cayó! ¡Soy la única sobreviviente, estoy a medio kilómetro de distancia en un camino de tierra! ¡Mira hacia donde están avanzando esos malditos zerg! ¿Me copian?

Hubo una pausa en la línea. Los zerg se acercaban más a su posición.

—*Entendido... Oficial Lee... Se corta... Inspeccionamos para... Espere...*

Ilyana suspiró. El piloto solo había oído la mitad del mensaje y su nombre en medio de la estática, pero al menos la había oído. Ahora solo tenía que sobrevivir durante el tiempo necesario para que aterrizasen...

Arrojó el recipiente con savia contra los zerg que se acercaban y disparó su P220.

* * *

Lee contemplaba la vista de la parte de atrás en un monitor de la plataforma de aterrizaje mientras los médicos acostaban a Brach en una camilla.

Krakulv tembló y luego explotó, y se vio el resplandor brillante de las bombas nucleares. Se había evaporado.

—¡Ehh! —exclamó uno de los médicos—. ¿Ustedes...? ¿Ustedes hicieron eso? Carajo, eso sí que es justo a tiempo.

—Se colocaron bombas nucleares en el núcleo de la base cuando se construyó. No podía arriesgarme con una cuenta regresiva que pudiera fallar, así que las conecté a las alarmas contra incendio. Y todo lo que tuvimos que hacer fue esperar a que los zerg iniciasen el fuego.

—¿Y desde cuándo los zerg usan armas incendiarias?

Lee sonrió.

—Bueno, los ayudamos un poco. Yo guardo un pequeño recuerdo en nuestro gabinete de trofeos, un poco de savia de... Eso no importa, lo importante es que funcionó.

Brach apretó más fuerte la mano de Lee.

—Ah... las malditas... babosas...

Lee también le oprimió la mano.

—Sí, ya sé. —Se volvió para mirar a los médicos y señaló la pierna de Brach—. Escuchen, esta es una herida de cucaracha. El ácido contiene viroides que se propagan por el sistema nervioso, y las nanopartículas estándar solo aceleran el proceso. La única forma de neutralizar la infección es poner toda la pierna en un baño alcalino, inyectar virus bacteriófagos y luego limpiar y evaluar.

—Hizo una pausa—. Pero honestamente, es probable que tengan que amputar.

El médico no podía creer que fuese tan franca.

—Eh, señora... Muchas gracias, pero... ¿Podríamos hablar de esto en privado?

Brach sonrió apenas.

—Ella es mi esposa, idiota. Y sabe más sobre... heridas de cucaracha que... lo que ustedes hayan aprendido en la universidad... Muéstrales, mi amor.

Brach soltó la mano de Lee, que la sostuvo levantada frente a la cara del médico, con la palma hacia arriba. Se sacó el guante. El médico se quedó atónito al ver la placa de neocero, los nervios de endoesqueleto, y el suave resplandor de las luces de estado.

—Un brazo cibernético.

—Hasta el hombro. Le regalo uno si adivina cómo perdí el verdadero.

Brach se rió, tosió, escupió, y volvió a tomar la mano de Lee. Ella seguía caminando junto a la camilla mientras los médicos la llevaban por los pasillos de la nave.

—Como digo siempre, una pareja perfecta.

—Estoy aquí contigo, Brachyan. —Le oprimió la mano—. Con esta son dos que te debo.

Brach sonrió.

—¿No tienes una sensación de deja vu, Illyana?

Ella le apretó con fuerza la mano mientras entraban en la enfermería.